

## LAS CARTAS DE EVELYN WAUGH

POR

JOAQUÍN TORRENTE GARCÍA DE LA MATA

Evelyn Waugh (1903-1966), uno de los primeros entre los grandes novelistas ingleses de este siglo, es una figura escasamente conocida por el público español, acaso más familiarizado con los nombres de Aldous Huxley, Somerset Maugham o Graham Greene. En 1983, una resurrección televisiva —la emisión de la serie «Retorno a Brideshead»— llevó a los escaparates y a los mostradores de las librerías ésta y otras novelas de Waugh; aunque muy pobre, o por lo menos muy equivocada idea de este autor obtendrían quienes se contentaran con este sucedáneo elaborado con media docena de buenos actores, suntuosos medios técnicos y, coronándolo todo, un desconocimiento absoluto del eje argumental de esta novela —el resurgir de la fe católica entre las circunstancias más adversas— que quedaba convertido en un simple elemento decorativo entre los muchos que componían la puesta en escena.

Contrariamente a lo que aquí sucede (cosa por otra parte comprensible, ya que la obra de Waugh, representativa como pocas del carácter y del genio inglés, carece en apariencia de la universalidad que la haría fácilmente trasladable a idiomas y mentalidades extrañas), la popularidad de Waugh nunca ha decaído en Inglaterra, donde sus novelas se reeditan todos los años y con frecuencia aparecen estudios biográficos y críticos en torno a él.

Christopher Sykes, autor de una biografía de Waugh de obligada referencia, reconocía en 1975 (1) que su obra no podía ser sino una más entre las muchas que podía inspirar la abundante documentación que se conserva. Y es que Evelyn Waugh, al margen de su actividad como novelista, colaboró con asiduidad en la prensa como corresponsal de guerra, columnista y crítico literario, llevó, con escasas interrupciones, un diario desde su niñez hasta un año antes de su muerte, y, sobre todo, fue un

(1) *Evelyn Waugh: A biography*. Christopher Sykes, Collins, 1975.

infatigable escritor de cartas, en las que, dice Sykes, «puso todo su talento literario a disposición de sus amigos».

El interés por las personas y la obra de Waugh es tan grande que este abundante material (y no sólo sus más olvidados artículos y crónicas, sino también sus escritos no destinados a la difusión pública), saliendo de manos de biógrafos y ensayistas, se ha ofrecido a la curiosidad general. La editorial londinense Weidenfield and Nicholson (2), que en 1975 había publicado los *Diarios* de Evelyn Waugh, sacó a la luz en 1980 una selección de 850 cartas entre las aproximadamente 4.500 que se conservan. La edición de estas cartas estuvo a cargo de Mark Amory (3), quien, siguiendo de cerca la biografía de Sykes, las distribuyó en seis períodos, cada uno de ellos precedido de una breve introducción; y concluyó con éxito la agotadora tarea de anotarlas, incluyendo un apunte biográfico de los cientos de personajes que a lo largo de ellas desfilan, y orientando al lector a través de la maraña de alusiones, acontecimientos y situaciones que dan vida a esta correspondencia.

En la vida de Waugh encontramos un dato que puede servir para explicar su abundante actividad epistolar. Después de su segundo matrimonio, Waugh resolvió convertirse en un apacible propietario rural, y vivir en el campo gozando del afecto de su familia y del respeto de sus vecinos. Conscientemente se esforzó en adquirir un aire respetable y en apartarse del jubiloso ambiente londinense en el que hasta entonces había vivido. Pero, como reconocía en 1945 a Ronald Knox, «*Metroland* (la sociedad por él descrita en *Vile Bodies*) es mi mundo, en el que he crecido, y no conozco ningún otro sino de segunda mano o a larga distancia». De aquellos divertidos años de juventud, Waugh conservó un brillante grupo de amigos —y sobre todo de amigas— a los que escribía ininterrumpidamente: Lady Diana Cooper, de imperecedera belleza, hija del duque de Rutland y esposa de Duff Cooper, embajador y ministro. Waugh la conoció cuando ella representaba a la Virgen en el espectáculo musical «El Milagro», y a pesar de considerar la obra repulsiva y blasfema, y de lamentar (carta a lady Dorothy Lygon, 16 de abril de 1932), la presencia en el público del duque de Norfolk, cabeza visible de los católicos ingleses, su fascinación por la aristocrática actriz le llevó a acompañarla en su recorrido teatral por provincias,

(2) *The Diaries of Evelyn Waugh*. Edited by Michael Davis. Weidenfield and Nicholson, 1975.

(3) *The letters of Evelyn Waugh*. Edited by Mark Amory. Weidenfield and Nicholson, 1980.

hasta Escocia. Esta admiración habría de convertirse con el tiempo en la que posiblemente fue la más profunda y duradera amistad de Evelyn Waugh, que fue aumentando a la vez que crecía su antipatía por Duff Cooper, provocando más de un desagradable incidente.

También pertenecían a este círculo tres de las hermanas Mitford: Nancy, que acogió a Waugh tras la desertión de su primera esposa, y que abandonó Inglaterra para vivir en París lo más cerca posible del inalcanzable Gaston Palewski; Deborah, casada con el duque de Devonshire, y Diana, por quien Waugh sintió siempre una inquebrantable veneración, confesada en dos cartas escritas pocos días antes de su muerte, y que se casó en segundas nupcias con sir Oswald Mosley, compartiendo con él sufrimientos en la cárcel y en el exilio.

La amistad de Waugh con estas tres hermanas tenía algo de enamoramiento colectivo, parecido al que había sentido en sus años de Oxford por los Lygon (Hugh y Elmley, y las hermanas Dorothy y Mary), amistad que se fortaleció cuando trágicos acontecimientos —la desgracia y el exilio del padre, lord Beauchamp, y la inesperada muerte de Hugh— sacudieron la vida de esta familia tan querida de Waugh.

Estas cartas a sus amigos de juventud, frívolas, intrascendentes, plagadas de alusiones intencionadas, y de maliciosos comentarios y habladurías, están en ocasiones escritas en un lenguaje crítico que sólo un limitado círculo de personas debía comprender; pero dejan entrever el torbellino en que se agitó aquella generación dorada, retratada para siempre en las páginas de *Vile Bodies*.

Y este es el mérito principal de la correspondencia de Evelyn Waugh. Mark Amory, su editor, ha comprendido perfectamente que no es posible reconstruir la vida de Waugh partiendo de sus cartas, ya que no todas se conservan, ni son todas aptas para su publicación, ni necesariamente todos los sucesos que le afectaron se ven reflejados en sus líneas. Lo que importa es el retrato de Waugh que estas cartas ofrecen, y que viene a completar, o incluso a rectificar, la imagen un tanto negativa que de él hemos recibido, y que el propio Waugh se complacía en fomentar. Dejemos esta idea simplemente apuntada, porque sobre ella volveremos más adelante.

La insuficiencia de material se convierte en escasez tratándose de los primeros años de la vida de Waugh. Sus biógrafos nos han narrado su soledad y su angustia en el colegio, su deseo de ser admitido en la implacable sociedad infantil, y han descrito

su rebeldía, la pérdida de la fe religiosa y su estancia en Oxford; etapas de su vida de las que sus cartas apenas hablan. Sólo en 1955, escribiendo a su hijo Auberon, que le suplicaba le dejase abandonar el colegio, deja escapar alguna confidencia: «Esperando comprenderte mejor he estado leyendo el Diario que llevaba a tu edad. Me avergüenza ver qué odioso y qué fatuo era. Discutir, pelear, intrigar para medrar, ateísmo y sobrealimentación parecen haber sido mis pasatiempos en Lancing». Y en 1957, en parecida situación, confesaba a su hija Margaret: «Me sentía desgraciadísimo en Lancing, y todo el tiempo le pedía a mi padre que me cambiara. Me alegro ahora de que no lo hiciera. Lo mismo pasa con Bron. La mayor parte de nuestra vida es una prueba y una preparación para el Cielo —y en su mayor parte fastidiosa—. De igual modo, cada parte de nuestra vida es una prueba o preparación fastidiosa para algo mejor. Creo que te gustaría mucho Oxford y lo aprovecharías al máximo. Pero no puedes llegar allí sin mucho trabajo, aburrido y mucha disciplina».

En 1928, Waugh contrajo matrimonio con Evelyn Gardner. Su unión terminó abruptamente un año después, como Waugh explicaba a sus padres en una carta de agosto de 1929: «He pedido a Alec (su hermano) que os dé la triste y para mí absolutamente desconcertante noticia de que Evelyn se ha ido a vivir con un hombre llamado John Heygate. En consecuencia, estoy tramitando una solicitud de divorcio. Me temo que va a ser un golpe para vosotros, pero os aseguro que no es tan grande como el que ha supuesto para mí. (...) El abandono de Evelyn no vino precedido de ninguna pelea o distanciamiento. Creía que éramos serenamente felices». Otra carta a Harold Acton, de igual fecha, está escrita en un tono forzosamente frívolo: «Dos palabras para contarte lo que ya sabrás: Que a Evelyn le ha apetecido ponerme los cuernos con Heygate, y que he hecho una solicitud de divorcio». Un mes más tarde, el destinatario de la carta es él mismo, pero el estilo ha cambiado: «No pensé que se pudiera ser tan desgraciado y continuar viviendo, pero me han dicho que ésta es una experiencia frecuente». Y, a finales de 1929, Waugh parece ver las cosas de modo diferente, cuando dice a Henry Yorke: «He decidido que ya he llegado demasiado lejos en mi fase de sentimentalismo, y que voy a dejar de esconderme de todos (...). La conclusión a la que he llegado es que no me gusta Evelyn, y que realmente Heygate es lo que ella se merece».

Waugh logró sobrellevar el inmenso dolor que le produjo la ruptura de su matrimonio gracias al afecto de Nancy Mitford,

y al de la hermana de ésta, Diana, entonces casada con Brian Guinness. El 9 de marzo de 1966, un mes antes de morir, Waugh explicaba a Diana (ahora lady Mosley) las razones por las que, en aquellas circunstancias, se había distanciado de ella: «Me preguntas por qué se rompió nuestra amistad. La explicación me deja en mal lugar: puros celos. Tú (y Brian) fuisteis inmensamente cariñosos conmigo en un momento en que yo necesitaba afecto, después del abandono de mi primera mujer. Yo me enamoré de ti. Por supuesto, no es que aspirase a tu lecho, pero te quería como especial confidente y compañera. Después del nacimiento de Jonathan, empezaste a ampliar tu círculo. Me consideré por debajo de Harold Acton y Robert Byron en el orden de tus afectos, y no supe competir, o resignarme a ese puesto inferior. Esta es la triste y sórdida verdad. La política (¿alusión a sir Oswald Mosley?) no había levantado aún su fea cabeza».

Si 1929 fue el año de la separación de Waugh, 1930 fue el de su conversión al catolicismo. Algunos (entre ellos su hermano Alec) han presentado este hecho como una reacción emocional motivada por su fracaso; si bien del testimonio del padre d'Arcy, su instructor en la fe, parece desprenderse que se trató de un proceso principalmente intelectual, en el que el sentimiento apenas intervino. En la correspondencia de Waugh existe una alusión tardía a su conversión, en la que Evelyn se defiende de una opinión ya por entonces difundida, de acuerdo con la cual fueron su esnobismo y la frecuentación de antiguas familias aristocráticas fieles a Roma las que le habían arrastrado al catolicismo. En julio de 1947, Waugh escribía al director del diario irlandés *The Bell*, en cuyas páginas se había cuestionado la buena fe de su conversión: «Tal vez su comentarista tiene razón al llamarme snob, si con ello quiere decir que me encuentro a gusto en compañía de europeos de clase alta; pero no creo que esta predilección sea una ofensa contra la caridad, y menos aún contra la fe. Puedo asegurarle que no tuvo influencia en mi conversión. En Inglaterra el catolicismo es principalmente la religión de los pobres. Hay un puñado de familias católicas y aristocráticas, pero yo no conocía a ninguna de ellas en 1930, cuando fui recibido en la Iglesia. Mis amigos eran agnósticos a la moda, y la fe que yo entonces acepté no tenía nada del encanto que su comentarista le atribuye».

En 1935, Waugh escribía a lady Mary Lygon: «Me he encaprichado enormemente de una joven llamada Laura. ¿Cómo es? Bastante rubia, y muy guapa». Se refería a Laura Herbert, a la que empieza a escribir por esas fechas (1934: «Estoy triste y

aburrido y necesito tu compañía»; 1935: «Es descorazonador que nunca coincidamos. Empiezo a temerme que no te volveré a ver»); hasta que en la primavera de 1936, poco antes de conocerse la nulidad de su primer matrimonio, desvela a Laura sus intenciones en una carta impresionante por la implacable sinceridad con que Waugh se retrata: «Te diré lo que puedes hacer mientras estés sola en Pixton. Piensa un poco en mí y en si, en el caso de que esos sacerdotes lleguen a una decisión aceptable, soportarías la idea de casarte conmigo. Por supuesto no tienes que decidir, sólo piénsatelo. No puedo darte un consejo que me beneficie, porque pienso que sería tremendo para ti, pero piensa en lo agradable que sería para mí. Soy impaciente, caprichoso, misántropo y perezoso, no tengo más dinero que el que gano, y si enfermase te morirías de hambre. Fíjate qué proposición más miserable. Pero, por otro lado, creo que podría hacer una concesión, reformarme, tener buen cuidado de no emborracharme, y estoy muy seguro de que te sería fiel. Además, existe la posibilidad de que sobrevenga otra gran catástrofe económica, en cuyo caso, si te hubieses casado con un noble con una gran casa te morirías de hambre; mientras que yo soy muy inteligente, y seguramente me ganaría la vida de cualquier modo en algún sitio. Además, aunque estés eligiendo un perro viejo, sabes que no tengo costumbres fijas. No te verás atada a un lugar o a un grupo concreto. Además, no tengo parientes vivos salvo un hermano a quien apenas veo. No te verás involucrada en una gran familia y en todos sus líos, y no se meterán contigo ni te mandarán cuñadas y tías odiosas, como tantas veces ocurre. Pero todas estas ventajas son bien poca cosa comparadas con lo espantoso de mi carácter. Siempre he tratado de ser simpático, y tal vez te habrás creído que lo soy de verdad, pero eso es una tontería. Sólo lo soy para ti y por ti. Soy celoso e irritable, y no merece la pena hacer una lista de mis defectos. Eres una persona crítica, y me imagino que ya te habrás dado cuenta de todos ellos, y de otros que yo no conozco. Pero lo que quiero dejar claro es que casándote normalmente, te casas a la vez con un gran número de cosas y con otras personas; mientras que si te casas conmigo no hay ninguna otra cosa de por medio, y eso es tanto una ventaja como un inconveniente. Mi única atadura es el trabajo (...). Cuando digo a mis amigos que estoy enamorado de una chica de 19 años se quedan horrorizados y dicen "pobrecilla"; pero yo no te considero nada infantil —ni siquiera en tu belleza—, y me parece absurdo decir que no estás preparada todavía para tomar una decisión que te comprometerá toda tu vida. De todas

formas, no hay necesidad de que decidas o contestes. Tal vez nunca me vea libre de tu prima Evelyn. Simplemente, da vueltas a esto en tu preciosa cabeza».

Evelyn Waugh y Laura Herbert se casaron el 17 de abril de 1937. Fueron testigos de su boda, entre otros, Hilaire Belloc, Maurice Baring y lord Howard; y hasta 1939 el matrimonio vivió lo que Waugh había descrito una vez como «una vida patriarcal, bastante solemne y, a la vez, bastante austera».

Declarada la guerra, Waugh no pudo satisfacer su deseo de alistarse en el ejército como soldado raso, y cuenta Sykes que «sirvió como oficial, sin sobrepasar nunca el grado de capitán, siendo la desesperación de sus superiores, de algunos de sus compañeros, y de la mayor parte de sus subordinados». Una carta suya a Laura, fechada el 28 de septiembre de 1940, resume a la perfección su estado de ánimo: «El señor Saint-John escribe páginas y páginas a su artística novia, y cuando le preguntan sobre qué, responde: "amor". Me temo que yo no sabría escribir cartas de este tipo, pero puedo decirte esto: Cuando estábamos esperando que nos enviaran a una operación que por fuerza había de ser desastrosa, me di cuenta de lo que me has cambiado al no poder pensar más en la muerte con indiferencia. Quería vivir, y me alegré de que nos fuéramos». De vez en cuando, un destello de humor interrumpe la monótona regularidad de las cartas de estos años de guerra: «He leído un libro sobre Angela Balfour titulado *Manon Lescaut*» (1941). Y en otra de junio del mismo año: «Randolph (Churchill) cenó la otra noche con los Lampson, y Lampson envió un pomposo telegrama a Winston diciendo: "Tu hijo está en casa. Lleva en su mirada el resplandor de la batalla". Desafortunadamente el transmisor se equivocó y llegó "el resplandor de la botella". Palabra».

La vida militar de Waugh se animó cuando Randolph Churchill le pidió que le acompañase a Croacia con la 37ª División Militar, cuyo objetivo era apoyar la Resistencia acaudillada por Tito. Se pensaba que la presencia de Waugh facilitaría el entendimiento con los resistentes croatas, muchos de los cuales eran, como él, católicos; pero sucedió que los informes de Waugh —quien lúcidamente advirtió cómo el régimen yugoslavo derivaba hacia una dictadura comunista y visceralmente antirreligiosa— disgustaron profundamente a sus destinatarios en los Ministerios británicos de Exteriores y de la Guerra, y motivaron la destitución de Waugh a solicitud de los comunistas.

Todavía desde Yugoslavia, Waugh escribía a Laura (enero de 1945): «Cuando compres nuestra nueva casa, para la cual es-

tás autorizada en cuanto encuentres una que nos convenga, ten bien presente que debe estar muy cerca de una Iglesia católica. Me encantaría tener misa todos los días, a dos minutos a pie de casa. Lo que no quiero es que nuestros desplazamientos a la iglesia se conviertan en un viaje semanal, conduciendo en la semi-oscuridad». De acuerdo con los deseos de Evelyn, los Waugh se trasladaron a Piers Court, donde vivieron hasta 1956, y luego a Combe Florey, donde Waugh falleció. En esas dos casas están fechadas la mayor parte de las abundantísimas cartas que Waugh escribió después de la guerra, y que suelen tener como destinatarios a Nancy Mitford, lady Mary Lygon, lady Diana Cooper, Ann Fleming, Christopher Sykes, Graham Green y John y Penelope Betjeman.

Señalábamos antes la importancia que tiene esta correspondencia para rectificar la imagen deformada o, si se quiere, completar el retrato inacabado que de Waugh nos proporcionan otros escritos. Su hermano Alec ha llegado a hablar de dos Evelyn Waugh distintos: el ser despiadado, sin corazón, desdeñoso y cruel, cuyo reflejo literario sería el Basil Seal de *Decadencia y caída*, y otras novelas; y el hombre tierno, afectuoso y cordial, plasmado a su vez en el héroe-víctima de *Un puñado de polvo*, Tony Last. Prolongando este paralelismo, cabría decir que así como los Diarios ofrecen un perfil más bien sombrío de nuestro autor —irascible, pesimista, aburrido, amargado, eternamente descontento—, de la lectura de estas cartas surge un personaje mucho más atractivo, lleno de afecto, de preocupación por su familia y sus amigos, pendiente de la actividad de otros escritores a los que, según las ocasiones, felicita, juzga o aconseja, y sobre todo, cargado de humor, de ironía, de ingenio. La prueba es que Margaret Waugh, en un escrito en que quiso salir al paso de las acusaciones que, tras la muerte de su padre, se vertieron contra él, ilustró su defensa con unas cuantas citas entresacadas de la correspondencia de Waugh, para terminar diciendo: «Nunca habría elegido un padre diferente».

Waugh no suele tratar extensamente asuntos políticos en sus cartas, pero están casi todas ellas sembradas de alusiones de este tipo, bien indicativas de su conservadurismo radical. En 1951 reconoce: «Nunca he votado en las elecciones generales porque nunca he encontrado un conservador lo bastante firme como para merecer mi respeto». Y en 1965, tras la muerte de Churchill, escribe a Ann Fleming: «He recibido ofertas extravagantes de los periódicos para escribir sobre la muerte de sir Winston. Por supuesto, las he rechazado. Es una persona a la que nunca tuve en



estima: siempre equivocado, siempre rodeado de indeseables, un padre fracasado: simplemente una estrella de la radio a la que se le pasó su buen momento. ¡Decir que agrupó a la nación! Yo era soldado en 1940. ¡Cómo despreciábamos sus discursos!».

Indudablemente, la nota más característica de la personalidad de Waugh fue su religiosidad. Evelyn Waugh fue mucho más que un novelista entre cuyos datos personales figurara el de profesar la religión católica; tampoco fue uno de esos autores de «novelas católicas» que Claude Roy ha descrito como los libros más eróticos que pueden concebirse. Por citar sólo tres testimonios, Christopher Sykes (4) afirma que Waugh fue un ser esencialmente religioso, y que el catolicismo constituía el centro de su vida; Alec Waugh asegura que durante años no logró comprender a su hermano Evelyn, por ser incapaz de penetrar en la mente de una persona para la cual la religión era la fuerza dominante de su existencia; y William F. Myers (5) explica que el genio literario de Waugh tenía sus raíces en la perspectiva histórica que su religión le prestaba. Resulta particularmente revelador examinar este rasgo del carácter de Waugh a la luz de sus cartas a sus amigos, de los cuales sólo unos pocos (Ronald Knox, Graham Greene o Daphne Acton) profesaban la religión católica, siendo en su mayor parte anglicanos, vagamente cristianos o indiferentes.

Uno de los momentos más interesantes de esta correspondencia lo constituye la polémica con John Betjeman, el poeta del culto y de la liturgia anglicana, a quien Waugh decía el 22 de diciembre de 1946: «No creas que existe algo más que un parecido superficialísimo entre los Católicos y los Anglicanos. A ti pueden parecerse similares. Un australiano, incluso uno instruido, seguramente no podrá diferenciar un edificio restaurado y recubierto de madera de uno auténtico de estilo Tudor; un inglés, por muy inculto que sea los reconoce a primera vista. La verdadera Iglesia es única e indivisible, y no hay nada que ni remotamente se le parezca. Esto puede que no resulte tan claro desde fuera. Pero pienso que hacen más daño al Cuerpo Místico los que lo imitan, que aquellos que abiertamente lo odian. Encontrarás un gran número de peculiaridades en la Iglesia Católica que te desagradarán, por la sencilla razón de que es *sui generis*. Pero te suplico que pases un año investigando. Será para ti un año de Gracia. Puede que no tengas otra ocasión. Y sería una pena que fueses al infierno sólo porque te gusta más Henry Moore que Miguel Angel. Esto va también por Penélope.

(4) *My brother Evelyn and other profiles*. Alec Waugh.

(5) WILLIAM F. MYERS, en *British Writers*.

La réplica de Betjeman —quien justificaba su permanencia en la Iglesia anglicana por motivos de lealtad— no se hizo esperar, y Waugh, convaléciente en el Hospital de San Juan y Santa Isabel, volvió a escribirle el 9 de enero de 1945: «No puedo compartir el argumento de tu deber para con un barco que está naufragando. Si tu grupo de Wantage es la Iglesia católica, no puede estar hundiéndose. Estará triunfante con los ángeles y con los santos. Y si se están hundiendo es porque nunca debieron salir a la mar. Cientos de barcos rebeldes han sido fletados en los últimos dos mil años entre salvos y alborozo. Cuatro siglos es lo más que han aguantado a flote. En honor entre bandidos equivale a complicidad en el crimen. Si te das cuenta de que estás en una tripulación de piratas, tu deber es desertar en seguida, por muy simpáticos que te parezcan tus camaradas.

No puedes confiar en una conversión de última hora. Cada hora que se pasa fuera de la Iglesia es una hora perdida. Sé bien la desventaja que supuso para mí empezar mi vida católica con 27 años de retraso. ¡Piensa en el pobre Carlos II, que sólo tuvo unos minutos de vida católica!».

Días más tarde, Waugh volvía sobre uno de los argumentos preferidos de Betjeman, para quien la Iglesia anglicana era la verdadera Iglesia católica de Inglaterra: «Fui educado en Lancing, el más "católico" de los colegios protestantes. Muchos clérigos eran devotos y virtuosos, pero en modo alguno parecían sacerdotes. Los muchos capellanes que he conocido en la guerra no parecían tener en absoluto sentido de lo sobrenatural. Creo que la diferencia es que realmente no sabes lo que "catolicismo" significa. (...) Lo que me dices es: "Cuando esté convencido del error, recibiré instrucción". ¿Acaso esperas una revelación divina como San Pablo? Es muy presuntuoso. ¿Y cómo puedes reconocer el error sin instrucción? ¿Cómo quieres que uno de los sacerdotes de Cowley te enseñe una verdad que él desconoce? Dices: "¿Qué puedo aprender en Farm Street (la iglesia de los jesuitas en Londres) que no me hayan enseñado en Wantage?". "Todo", te digo. Pero si te parece poco leal recibir instrucción mientras todavía tienes "confesor", te sugiero lo siguiente: Vete a un sacerdote católico (te recomiendo a Devas) y dile: "No me enseñe nada específicamente anti-anglicano de momento. Explíqueme el credo y el catecismo. Enséñeme la fe y la moral que creo tenemos en común". Cuando hayas estado así unos meses, pregúntate seriamente: "¿Es esta la fe de Wantage, o hay algo aquí radicalmente diferente?". Estoy seguro de que atisbarás un mundo desconocido (...).

Lo de "esperar al buen momento de Dios" es intolerablemente blando. El tiempo es un concepto y una limitación humana. Somos nosotros los que hacemos el tiempo para Dios.

Casi todo el que se convierte al catolicismo hace algún sacrificio. Algunos son muy grandes. El tuyo sería superior al de la mayoría, pues han cimentado tu vida, tu saber y tu arte sobre la Iglesia de Inglaterra. Comprendo tu resistencia a iniciar una nueva vida a tu edad, con todas tus preferencias artísticas y literarias encaminadas en otra dirección. Lo fácil es decir: "Esperaré a que venga un Arcángel a hacerme la Anunciación en persona cuando Dios lo crea oportuno. Mientras tanto, creeré en la Encarnación dos días por semana, y continuaré mi catálogo de Iglesias anglicanas».

En abril de 1947, Waugh insistía: «Horrible tu obstinación en el cisma y en la herejía. Infierno, infierno, infierno. Condenaación eterna». Y en mayo del mismo año: «Una de las causas de tu error es que consideras la religión como una fuente de sensaciones y emociones agradables y te preguntas: "¿No estoy ya sacando de la Iglesia anglicana tanto como obtendría del catolicismo?". Cuando la pregunta debería ser: "¿Qué estoy yo dando a Dios?". No hay nada bueno fuera de la entrega absoluta. Está clarísimo que la voluntad de Dios es que haya un solo rebaño y un solo pastor, y te pasas el tiempo perpetuando una querrela del siglo xvi y haciendo a otros perpetuarla. No daría nada por tus posibilidades de salvación en este momento».

Las cartas de Waugh no produjeron el efecto deseado sobre John Betjeman —quien persistió en su anglicanismo y, como anunció en su bellísimo poema "septuagesima", murió aferrado a "la Iglesia de Inglaterra de mi nacimiento, la Iglesia más querida para mí sobre la tierra"—, pero sí sobre Penélope, la mujer del poeta, que así describía su situación a Waugh: «Te agradezco mucho que escribas esas cartas a John aunque es un poco desleal por mi parte escribirte y decirte que espero que reces mucho por él las próximas semanas porque se encuentra en un estado espantoso: cree que eres el diablo y se despierta en medio de la noche diciendo que me dejará si sigo adelante... Ponte en la situación siguiente: imagínate que Laura se levanta y te dice mañana por la mañana: "He tenido la revelación de que la VERDAD sólo se encuentra en la secta Yogibogi, de Aldous Huxley, y me voy a apuntar a ella". Naturalmente te quedarías un poco incómodo. Incluso amenazarías con abandonarla si insistiese. Pues eso es lo que le pasa a John. Piensa que el catolicismo romano es una religión extranjera que no tiene derecho a establecerse en este

país, y menos aún a tratar de hacer adeptos entre lo que él considera la auténtica religión católica del reino».

Este parcial fracaso de Waugh no le impidió seguir tratando de cuestiones religiosas con su amigo. En 1950, después de la publicación de *Helena*, John Betjeman escribió a Waugh: «Qué libro más maravilloso, *Helena*. Lo que más me choca de tu libro es la santidad de Helena. No parece para nada una santa». A esto, Waugh respondió: «Los santos son simplemente almas en el Cielo. Algunas personas fueron tan sensacionalmente virtuosas en vida que sabemos que fueron directamente al Cielo, y por eso están puestas en el calendario. Todos tenemos que ser santos para ir al Cielo. Para eso está el Purgatorio. Y cada individuo tiene su forma peculiar de santidad a la que debe llegar, o fracasar. No sirve para nada que yo diga: "Me gustaría ser como Juana de Arco o como San Juan de la Cruz". Yo sólo puedo ser san Evelyn Waugh —y sabe Dios después de qué experiencias en el Purgatorio—».

Me gustó la santidad de Helena porque es diferente de todas las ideas modernas sobre la santidad. No fue arrojada a los leones, no fue una contemplativa, no parecía un Greco. Simplemente descubrió lo que Dios quería de ella, y lo hizo. Y dejó en ridículo a Aldous Huxley y a su niebla eterna, yendo directamente al hecho esencial, físico, histórico, de la redención».

Puede sorprender la dureza con que Waugh se expresa al dirigirse a Betjeman (y a otros amigos suyos), tachándole de hereje y de cismático, y aventurando sus juicios sobre su suerte final. La profunda amistad que unía a estos dos escritores, y el afecto que Waugh despertaba en quienes le conocían eran lo que le permitía expresarse con tanta crudeza. Efecto que era fruto de su bondad, de aquella veta noble y generosa que Waugh ocultaba con el mismo empeño con que proclamaba sus defectos y mostraba su pésimo carácter. En 1950, decía a la indignada Nancy Mitford: «No tienes idea de cuánto más desagradable sería si no fuese católico. Sin la ayuda de Dios, apenas sería un ser humano».

Es precisamente a Nancy Mitford a quien Waugh escribe con más frecuencia en el período que se inicia una vez terminada la guerra. En Nancy Mitford encontró Waugh el correspondiente perfecto, y en estas cartas —escritas en un tono coloquial, íntimo, desprovisto de todo artificio literario— parece escucharse con toda claridad la voz de Waugh hablando de literatura y de política, bromeando sobre el ingenuo izquierdismo de la Mitford (27 de noviembre de 1946: «Me imagino que habrás estado muy ocupada haciendo campaña a favor de los comunistas y transpor-

tando terroristas judíos a Palestina»; 14 de enero de 1952: «Leo en la prensa que los gaullistas están colaborando con los comunistas. ¿Es esto influencia tuya, o sólo una mentita más de los periódicos?»; 23 de octubre de 1954: «El hecho de que apruebes las masacres comunistas organizadas después de la liberación es clara evidencia de tu obediencia al partido, si no lo es de tu pertenencia. Tengo en mi poder una fotografía tuya con Driberg en los días del Frente Popular. No se la mando a McCarthy porque te quiero. Tus preciosos dólares dejarían de fluir si se supiese la verdad»; y criticando a sus amigos y conocidos, fieles a aquel aforismo según el cual «corazones delicados y amables, y lenguas que no son ni lo uno ni lo otro, hacen la mejor compañía». Así, el 6 de enero de 1950, Waugh comenta la concesión de un título a sir Maurice Bowra: «Es muy raro ya que no ha hecho nada para merecerlo excepto ser jefe de estudios del peor colegio de Oxford, y publicar unos cuantos libros que nadie ha leído. Mi versión es que (el nombramiento) forma parte de un tratado secreto que han hecho en Washington mister Atlee y el juez Frankfurter, pero como no conoces el panorama americano, no lo comprenderás». Y el 6 de noviembre de 1954 cuenta: «Daphne (Fielding) ha escrito sus memorias (...). La parte de su infancia es admirable. La de su madurez es como si lord Montgomery tuviese que escribir su vida, y no mencionar siquiera que había servido en el ejército».

Nancy Mitford contestaba a Waugh con parecida franqueza. En 1955 se defendía del comunismo que Waugh le imputaba («Sé que tú no puedes encontrar diferencias entre Lloyd George y Stalin, pero hay gente que sí»); y en 1951, como Waugh le aconsejó que evitase toda alusión a Dios o a la Iglesia en sus escritos, dada su ignorancia en estas materias, respondió: «No puedo compartir la idea de que deba abstenerme de nombrar a tu creador. Trata de recordar que El también me creó a mí».

Sin embargo, llegaban ocasiones en que Nancy Mitford reconocía su incompetencia en cuestiones religiosas, y pedía aclaraciones a Waugh. Así, le explicaba a éste, en sus cartas del 9 y del 16 de junio de 1961, los misterios del más allá: «En el momento de la muerte, cada alma individual es juzgada y enviada al sitio adecuado: los santos directamente al Cielo, los pecadores impenitentes al Infierno, y la mayor parte (espero) al Purgatorio, donde, con enorme incomodidad pero con confiada esperanza nos prepararemos para la presencia de Dios. Nuestros cuerpos permanecerán en la tierra, y se corromperán. Solamente los cuerpos de Nuestro Señor y de la Virgen fueron llevados a un orden de

existencia diferente. Todo esto es bastante claro, y se llama "el juicio particular".

El "Juicio Final" es algo bastante diferente y muy misterioso. Es el final del mundo y de los tiempos. Puede suceder ahora mismo, o en un remoto futuro. En el Juicio Final, los que estén todavía con vida serán juzgados allí y entonces. Los que hayamos muerto antes no podremos apelar nuestras sentencias particulares. El cambio será la reunión con nuestros cuerpos, aunque nadie sabe cómo serán éstos. Serán individuales, reconocibles, y estarán libres de los defectos que ahora tienen. En el siglo XIII se pensaba que tendrían plena existencia física (peso, volumen, etcétera); pero los teólogos modernos consideran estas expresiones poéticas y metafóricas. Nadie pretende conocer el mecanismo de este cambio. El principio básico es que no somos, como creen los orientales, seres espirituales temporalmente cargados con un cuerpo del que alegremente nos desprenderemos para unir nuestras individualidades en un alma absorbente. Dios tuvo que hacerse hombre y tomar cuerpo para enseñarnos esto. El cuerpo no es sólo una fuente de sensaciones, tentaciones, sufrimiento y decrepitud. Somos nosotros». Y otra vez insistía: «No, no lo acabas de comprender bien. El cuerpo es parte esencial de nosotros. Eso no quiere decir que hayamos de mimarlo. San Pablo dice que lo "sometamos" como si domáramos un caballo. Hay dos herejías opuestas: Boots (Connolly), que piensa que su precioso cuerpo está hecho para atiborrarlo de comida y cubrirlo de besos; y lady Astor, que cree que su cuerpo es una ilusión. La gente buena (yo no) se azota con disciplinas y lleva camisas que pinchan para recordarse sensiblemente que no somos sólo alma».

Muchos otros amigos acudían a Waugh para solventar dudas semejantes. El 13 de marzo de 1963 volvía sobre la misma cuestión ante una consulta de Ann Fleming: «Jack Donaldson tiene razón cuando dice que si tú y algunos amigos tuyos vais al Cielo, os recocijaréis unos en compañía de otros, pero te está tomando el pelo si sugiere una continuación de los placeres carnales. Sólo los mahometanos esperan fornicar en el Cielo. Como broma, puedes recordar uno de los problemas de Ronald Knox: a) todo humor brota de la imperfección; b) ¿cómo imaginarnos a Santo Tomás moro o a San Felipe Neri desprovisto de humor? Lo cierto es que seremos bien diferentes, beatíficos, perfectos, y unidos en el amor de Dios y de unos a otros, pero cada uno conservando su individualidad, sin mezclarnos como los budistas en una eterna, indiferenciada unidad. Pero nadie sabe ni puede imaginarse cuál será nuestra condición. Jack irá al Cielo, me imagino.

Pero no me imagino un beatífico y perfecto Randolph (Churchill) que fuese reconocible».

A veces Evelyn Waugh, apoyándose en la autoridad que sus amigos le reconocían, se dirigía por propia iniciativa a quienes atravesaban momentos difíciles, aconsejándoles aquello que podía ayudarles a vencer el desasosiego o la angustia. El 17 de septiembre de 1964, decía a lady Diana Cooper: «Rezar no es pedir, sino dar. Dar tu amor a Dios sin pedir nada a cambio. Aceptar lo que quiera mandarte como su voluntad para ti. No decir: "Dios mío, dame por favor un día feliz", sino "Por favor, acepta Dios mío todos mis sufrimientos de hoy en tu honor". ¿Has experimentado la penitencia? Lo dudo. No me extraña que estés triste. ¿Crees en la Encarnación y en la Redención con la misma certeza histórica con que crees en la batalla de El Alamein? Eso es lo importante. La fe no es un estado de ánimo».

El texto de la carta transcrita no nos permite adivinar la causa de la inquietud de lady Diana. Otras veces sí, nos resulta conocido el hecho a partir del cual Waugh abordaba problemas de esta índole. El 3 de enero de 1963, escribía a Ann Fleming con motivo de la muerte de su hermana: «Siento mucho enterarme de la penosa muerte de tu hermana. Debes rezar por su alma. Lo mejor es ir a una capilla donde se custodie el Santísimo Sacramento. Arrodíllate. Aparte de tu mente cualquier otra consideración. Di, no en voz alta, sino interiormente: "No tengo derecho a pedirte nada. Por favor, no tengas en cuenta mis méritos o los de mi hermana. Tú nos hiciste lo que comos. Pero Tú enviaste a Jesús a morir por nosotros. Acepta su sacrificio. Con suerte, tengo algunos años por delante para enmendarme. Ella no. Así que, por favor, acepta lo que alguna vez haya yo hecho de bueno como una despreciable contribución al sacrificio incommensurable de la Encarnación, y admite a mi hermana en el Cielo". ¿Fácil? Sí, especialmente para ti, que no eres en absoluto orgullosa. Pruébalo». Y en 1959 decía a lady Mary Lygon, a la que conocía desde los tiempos de Oxford: «Me apena oír que estés triste. La pérdida de la fe es lo peor que a uno le puede suceder. ¿Realmente ya no crees en la revelación cristiana —es decir, piensas que los evangelios son falsos— o estás en ese estado de ánimo en el que no te importa si son verdaderos o falsos? (...) Creo que todo el mundo tiene, una vez en la vida, un momento en el que está abierto a la gracia de Dios. La gracia está, por supuesto, esperando todo el tiempo, pero las vidas humanas están organizadas de manera que, normalmente, hay un momento determinado —a veces, como Hubert, en el lecho de muerte—

en el que toda resistencia se desvanece, y la Gracia puede entrar, inundándolo todo. No sé, querida Blondy, si esta es tu situación hora, pero si lo es, no es algo pata tomarlo poco en serio».

El abandono de la fe preocupaba seriamente a Waugh, como lo demuestra esta otra carta del año 1959, con motivo de la conversión al catolicismo de Edih Sitwell y Alec Guinness: «¡Qué bien recibidos son los conversos! Una de las tristezas de nuestra vida católica es contar los casos de apostasía año tras año —rara vez por convicción, casi siempre por casarse fuera de la Iglesia. Puedo pensar en más de un puñado de buenos amigos perdidos, espero que temporalmente. Pero cada uno de ellos deja una herida abierta. Entonces, uno oye y ve la gracia de Dios reforzando fuertemente las filas. Es un gran consuelo».

Sin duda, Evelyn Waugh pensaba en el caso de Clarissa Churchill, que en 1952 había renegado de la religión católica para casarse con el divorciado sir Anthony Eden. «Ayer fue un día triste —le escribía Waugh el 13 de agosto—: se confirmaron los rumores, y tu querida cara embottonó todos los periódicos (...). ¿Puedo encargar una misa por tu matrimonio, o es imposible?». Y a Ann Fleming le confesaba el 1 de septiembre: «La apostasía de Clarissa es lo que más me ha afectado desde la muerte de Kick (Harrington). No puedo escribir o pensar en otra cosa».

Estas letras de Waugh debieron molestar a Clarissa Churchill, a juzgar por otras dos cartas que le dirigió, también en septiembre de 1952: «No tengo tu reserva acerca de las preguntas directas. No hace mucho te pregunté directamente si eras católica, y me dijiste que no debía preocuparme. Luego, como sabes, me enamoré de ti y me mantuve a distancia. Te convertiste para mí en un privilegio que de vez en cuando se cruzaba en mi camino. Pero confiaba en lo que me habías dicho y esperaba que, de verte seriamente tentada por la apostasía, confiarías en mí y me pedirías consejo. Veo ahora que estaba equivocado, y me culpo porque si simplemente hubiese buscado tu amistad, podría haber tenido algo de influencia. Eso es lo que quería decir cuando te dije: "Comprendo que no hayas confiado en mí". Ahora olvídate de mí. Por lo que te quiero no me importa que te burles de mí o leas esta carta por teléfono. Piensa en ti. Miles de personas han muerto y están muriendo hoy torturados por la fe que tan alegremente has abandonado. Me imagino que no escogerías deliberadamente la víspera de la Asunción para tu traición, ni que llegaste a propósito a una capital católica en dicha



fiesta. Pero seguro que Nuestra Señora se dio cuenta. En cualquier caso, en tu viaje a Portugal, ¿no entraste en ninguna iglesia para conocer el estilo manuelino? Cuando estabas en presencia del Señor, ¿qué tenías que decirle? Habrás, en un momento o en otro, visto algún crucifijo en un anticuario. ¿No te paraste a pensar que estabas contribuyendo a la soledad del Calvario con tu deserción? No tengo derecho a sermonearte, si no es por el afecto que siento por ti. Cuando leas esto en voz alta a tus amigos, déjalos bien claro que no pretendo tener más derecho que éste». La segunda carta de Waugh ponía fin a la discusión: «No te asustes. No trato de involucrarte en una correspondencia que te aburriría. Sólo quiero aclarar las cosas antes de que caiga el telón, y eso es difícil, ya que no recuerdo bien lo que escribí en mi última carta. El encabezamiento, White's (un club londinense) debería indicarte que mi cabeza no estaba en su momento más lúcido (...).

No me parece presuntuoso creer que podría haber influido en ti si no me hubiese enamorado. Todos nos influenciamos unos a otros en cada instante. Creo que en tu infancia te dejaron con un concepto de la Iglesia parecido a una especie de club del que uno puede darse de baja cuando la cocina empeora. No creo que la vieses como un completo modo de vida. Como amigo podría haberte enseñado, pero no me gustan las "amistades amorosas" con un sabor religioso. Puedo pensar en varias y apestano. Y después de otras explicaciones, concluía: «Nunca pensaré mal de ti (y quiero y conozco bastante a Randolph para pensar mejor o peor de él). Por favor, no me consideres un beato, un fanático o un metementado. Sabes que no lo soy».

Son tantas las ocasiones en que Waugh alude a problemas religiosos en su correspondencia, que no es posible mencionarlas todas en un modesto trabajo como éste. De aquí que, prescindiendo de algunas polémicas (la mantenida con el historiador Trevor-Roper sobre Tomás Moro, Frisher y los rebeldes a la causa de Enrique VIII, las discusiones con Graham Greene sobre la ortodoxia de ciertas obras de éste; o la defensa que hizo ante el arzobispo de Westminster de su novela *Black Mischief*, considerada gravemente inconveniente por el crítico de *The Tablet*), pasemos a uno de los puntos más oscuros y peor conocidos de la vida de Waugh, que es su postura ante las reformas del Concilio Vaticano II.

Christopher Sykes cuenta en su biografía de Waugh que existe la opinión de que éste, en sus últimos años, como consecuencia de los cambios sufridos en la Iglesia católica, perdió la

fe que en otro tiempo había defendido con tanto celo. Las cartas de Waugh son una ayuda inestimable para reconstruir su trayectoria espiritual, desde la convocatoria del Concilio hasta su muerte.

El 27 de octubre de 1962, Waugh escribía a Nancy Mitford: «El Concilio Vaticano II es de la mayor importancia. Igual que en 1869-1870 los franceses y los alemanes están llenos de maldad, pero igual que entonces la verdad prevalecerá. El espíritu del malvado padre Couturier está todavía vivo en Francia, y debe ser destruido». Y, aproximadamente un mes más tarde, Waugh publicada en *The Spectator* un artículo con el significativo título de "Lo de siempre, por favor", en el que llamaba la atención sobre el peligro que podría traer consigo la anunciada puesta al día de la religión católica, mostrándose escéptico sobre los resultados del ecumenismo, y muy alarmado ante la reforma de la liturgia, la introducción de las lenguas vernáculas y la participación en la misa como actividad colectiva.

El 15 de marzo de 1963, escribía a Daphne Acton: «A algunas personas como Penélope Betjeman les gusta armar jaleo en la iglesia, y no veo por qué no han de hacerlo, igual que los abisinios bailan y tocan las maracas. Yo pasaría bastante vergüenza bailando, e incluso me da reparo rezar en voz alta. Cada parroquia debería tener una misa bulliciosa para los que quieren, pero debería haber también una misa pacífica para los que nos gusta así».

Me parece una desfachatez por parte de los alemanes pretender enseñar al resto del mundo algo sobre religión. Deberían estar cubiertos de ceniza y vistiendo cilicios perpetuamente para expiar todas las atrocidades de Lutero y de Hitler.

El peor error de tu padre Davis es su casi blasfema degradación del concepto del Cuerpo Místico en una especie de reunión parroquial. Tú y yo, los abisinios que bailan y los santos del Cielo somos, como bien sabes, parte del Cuerpo Místico. No tenemos por qué gritar a los que están en el banco de al lado».

Christopher Sykes ha escrito que el rechazo de Waugh al movimiento de reforma no era una simple manifestación de su conservadurismo o de sus preferencias estéticas. Creía que en su larga vida la Iglesia había desartollado una liturgia que permitía al hombre medio acercarse a Dios a través de los sentidos, percibir lo sacro y lo divino, y —como decía en la citada carta a lady Acton— «captar las verdades de la Iglesia aun sin entender las palabras». Abolir ritos, devociones y prácticas que no eran sino la exteriorización sensible de la fe católica, en aras de una

aventurada puesta al día, era tan estúpido como peligroso. Su Diario confirma esta opinión, y va todavía más lejos, al advertir que algunas innovaciones litúrgicas presagiaban futuras alteraciones sustanciales. En Semana Santa de 1965, escribía: «Un año en el que el proceso de transformación de la liturgia ha seguido un plan premeditado. Las protestas no sirven para nada. Una minoría bien dispuesta, a favor o en contra de las innovaciones, se preocupa enormemente. No creo que al resto de la gente le importe nada. Más que los cambios estéticos que arrebatan a la Iglesia su poesía, su dignidad y su misterio, son los cambios insinuados en la fe y en la moral los que me alarman. Hay una especie de anticlericalismo muy extendido que trata de disminuir el papel sacramental exclusivo del sacerdote. Se habla de la misa como de una "comida social" en la que "el pueblo de Dios" realiza la consagración. Dios quiera que nunca apostate, pero sólo puedo ir a la Iglesia ahora como un acto de deber y de obediencia».

Los años, las enfermedades (Waugh sufrió alucinaciones mentales como consecuencia de sus hábitos de bebedor y de su adición a los somníferos, narradas con todo detalle en *La odisea de Gilbert Pinfold*), y las decepciones que estos cambios en la Iglesia le causaron, fueron amargando su carácter. El 10 de junio de 1963, comentaba a lady Daphne Acton la muerte de Juan XXIII: «Verás cómo toda esta fiebre de elogios es el preparativo de una gélida recepción a su sucesor. Quieta Dios que no sea austríaco, el de Milán o el de Palermo. No hay peligro de que sea Spellman. Woodruff se ha encaprichado senilmente con un peligrosísimo cura llamado Kung (no chino, centroeuropeo); un hereje que en tiempos más felices habría ido a la hoguera».

Sus últimas cartas abundan en comentarios tristes, desengañados, algunos de indescriptible dureza. Es significativa la consulta que en abril de 1965 dirigió a monseñor McReavy: «Reverendo Monseñor: Perdóneme por molestarle. Lo hago porque me han dicho que a menudo tiene la amabilidad de aconsejar a laicos atribulados.

Cuando fue educado en la fe hace unos 35 años, me enseñaron que la obligación de oír misa los días de precepto: *a)* se aplicaba sólo a los que vivían no más lejos de tres millas de una iglesia, y que la invención del automóvil no había modificado esta regla, y *b)* que la obligación sólo comprendía desde el ofertorio hasta la comunión del sacerdote.

¿Es ésta la regla todavía?

No pregunto qué es lo mejor para mí, sino sólo qué es lo

mínimo que puedo hacer sin pecar gravemente. La nueva liturgia me parece una tentación contra la fe, la esperanza y la caridad, pero, Dios lo quiera, jamás apostataré».

En estos últimos años, Margaret Waugh se ocupó de la salud espiritual de su padre. «Margaret me fuerza a ir a la iglesia, decía Evelyn a Ann Fleming en enero de 1966, y a su hija le explicaba: «He ido a comulgar tres veces desde que me dijiste que debía hacerlo. ¿Te conté que Daphne Acton cree que iré al Cielo?»».

El 30 de marzo de 1966, Waugh escribió a Diana Mitford, lady Mosley, su última carta, que terminaba con este párrafo: «La Semana Santa significaba antes tanto para mí... Antes del Papa Juan y su Concilio, ellos acabaron con la belleza de la liturgia. No me he rociado de gasolina ni me he prendido fuego, pero ahora me aferro tozudamente a la fe sin alegría. El ir a la iglesia no es más que un paseo obligado. No viviré para ver (la fe) restaurada. Aún es peor en otros países».

El 10 de abril de 1966, Domingo de Resurrección, Evelyn Waugh estaba de un humor excelente. Reunido con su familia en Combe Florey, oyó misa celebrada por su amigo el padre Caraman según el antiguo rito, y después de desayunar, se retiró a su despacho. Aquella mañana sufrió un ataque al corazón, y a la hora de almorzar, cuando su esposa Laura fue a avisarle, lo encontró ya sin vida.

Algunos que habían sido víctimas del ingenio de Waugh aprovecharon su muerte para vengarse en artículos periodísticos y necrologías. Auberon Waugh salió en defensa de su padre en las páginas de *The Spectator*, y Nancy Mitford escribió desde París al futuro biógrafo de Evelyn, Christopher Sykes: «¡Qué desgracia! ¿Cuándo habíamos estado más tristes? La necrológica del *Daily Telegraph*, perversa. Estoy harta de oír que (Evelyn) era una especie de repartidor de leche de baja clase que se abrió paso en sociedad avasallando —una idiotez, si hubiesen conocido a su familia—».

Siete años después, en 1975, Nancy Mitford, postrada por el cáncer, se consumía en una dolorosísima, interminable agonía. Alguien le llevó a su casa de París, como primicia, unos extractos del Diario de Waugh, que dejaban crudamente al descubierto las peores facetas del carácter de éste Nancy Mitford (6) comentó a Christopher Sykes: «Tu trabajo (como biógrafo) promete ser más interesante de lo que parecía al principio». Y a Harold Acton: «¿No era Evelyn un monstruo? ¡Cuánto le echo de menos!».

(6) Nancy Mitford: *A memoir*. Harold Acton. Hamish Hamilton, 1975.